

>

E

S

T

U

D

I

O

S

>

E

S

T

U

D

I

O

S

EL FRANQUISMO

Dos visiones a los setenta años
del fin de la Guerra Civil



Franco saluda desde el tren de La Coruña a
Santiago de Compostela en su inauguración,
14 de abril de 1943.

RELIGIÓN Y CULTURA EN CUARENTA AÑOS DE FRANQUISMO

SINOPSIS A VUELO DE PÁJARO

ÁNGEL ALCALÁ GALVE
ESCRITOR Y CATEDRÁTICO DE LITERATURA

Cuarenta menos uno sí, hasta el 20 de noviembre de 1975 en que Franco murió, los contamos desde el 18 de julio de 1936 en que se inició la guerra civil que el 1 de octubre le aupó al poder; treinta y seis, si desde el final de ella, el 1 de abril de 1939. Tanto monta. En uno u otro caso, sólo uno o tres menos de cuarenta.

LOS ANTECEDENTES

Una etapa de dictadura tan larga y tan trágica, el más negro bache de la historia de España, nadie se la puede explicar sin recapacitar en las premisas que la hicieron posible tanto en su longitud como en su negritud: por una parte, las características de aquella terrible guerra que se desarrolló ante nuestros atónitos ojos infantiles y, por otra, el modo como terminó. El franquismo fue consecuencia natural de la exigencia del Generalísimo de lograr sobre el bando enemigo una derro-

ta absoluta, incondicional. Rechazó varias veces la rendición con condiciones que el otro bando le ofreció cuando ya se oteaba la victoria del llamado “alzamiento nacional”. Desde el principio la contienda asumió por parte de ambos bandos el carácter de guerra total, de guerra de aniquilación, por lo cual ni Franco ni sus asesores veían razón alguna para finalizarla de manera distinta a la que habría sido la del Gobierno del Frente Popular si hubiera llevado las de ganar.

A lo largo de toda la historia se puede verificar que las guerras y las revoluciones que acaban con triunfos absolutos son seguidas de gobiernos absolutos, es decir, de cesarismos dictatoriales y todopoderosos en los cuales el cónsul, rey, emperador o general victorioso corre el riesgo de endiosarse, de creerse quijotesco “brazo de Dios en la tierra”, a no ser que oportunos brazos, como en el caso de Julio César, cer-

cenen a tiempo ese peligro. Franco no fue excepción a esta regla histórica, y nadie se atrevió con él en cuarenta años de dictadura, ni siquiera los únicos que podían, el grupo de generales que le auparon (Kindeán, Dávila, Orgaz, Queipo, etc.), monárquicos o republicanos que inicialmente sólo querían nuevas elecciones y que repetidamente le pidieron que abdicara en el pretendiente don Juan. La duración y dureza del franquismo fueron resultado del personalismo cesarista de Franco y del nimbo de mesianismo providencialista con que le lisonjaban irresponsablemente sus incondicionales y culpablemente los obispos que se lo repetían en pastorales y sermones a cada conmemoración de fastos vencedores o inauguración de monumentos reconstruidos. Ese triunfalismo de su victoria le cegó, mientras durante años le agasajó masivamente una España hambrienta pero pacificada, un ejército domado, falanges de adictos agradecidos en la posesión de sus intereses y una Iglesia atrapada entre la gratitud y la mordaza.

Cae al margen de esta breve reflexión histórica en que nos embarcamos ampliar más el inciso que se acaba de apuntar: a cualquier historiador le resulta evidente que, si el gobierno republicano hubiera ganado la guerra, su actitud con sus enemigos vencidos –los ahora llamados franquistas, aunque no todos lo eran– habría sido igualmente exterminadora y que, además, sus muchas y divididas facciones apenas le habrían permitido establecer en España un mínimo de democracia. La división interna de las diferentes y contradictorias fuerzas republicanas a lo largo de toda la guerra, que Franco superó casi desde el principio con la obligatoria unificación de todas las suyas bajo su único mando, y la falta de profesionalismo militar de las milicias que defendían el Gobierno fueron causa principal de la derrota de la legalidad. Quienes hoy, y son oficial-

mente legión, proclaman sin matizar el esplendor de la presunta maravilla que habría sido nuestra II República confunden deliberadamente, cegados por su ideología o por pura ignorancia, su prometedor planteamiento original y su detestable ocaso, que de una manera u otra era necesario rectificar. Aunque todos admitamos, por supuesto, la legalidad de la República no por las elecciones de febrero de 1936, pues no se convocaron para cambiar de régimen sino para unas meras elecciones municipales, sino desde la Constitución democrática de diciembre de ese mismo año, ningún político de hoy querría resucitar la República tal y como acabó siendo la del Frente Popular a partir de aquel febrero. Creo haber demostrado todo esto con suficiente claridad en mi grueso libro *Alcalá-Zamora y la agonía de la República*, de 2002 (segunda edición, 2006).

Desde al menos los comienzos del siglo XX, tanto los partidos republicanos como los socialistas y anarquistas lograron inculcar en muchos españoles la sinonimia entre libertad y República; sólo con ésta, es decir, derribando al rey, haciendo sopa con cabezas de curas, como se decía, y actualizando una revolución que siempre se aplazaba, pero que casi nunca se exponía en términos claros y concisos; sólo así, cortando cabezas, pensaban incontables masas de españoles depauperados que lograría España alcanzar los grandes ideales de libertad, justicia y solidaridad. El distanciamiento e incluso odio de los movimientos izquierdistas contra la Iglesia venía de lejos. Es fácil confundir anticlericalismo con anticristianismo o antirreligión, por lo que muchos anticlericales no se limitaron a exigir, como es de justicia, la no injerencia del clero en los asuntos políticos, sino que pasaron al ataque antidemocrático y a la destrucción de la Iglesia, al fin y al cabo institución dotada de todos los derechos que a cualquiera otra le confiera la ley en

un Estado de derecho. Las quemas de conventos ya desde mediados del siglo XVIII con cualquier pretexto social (por primera vez quizá en el motín de Esquilache, 1765) ha sido siempre un síntoma elocuente. Nunca antaño se distinguió la Iglesia oficial por predicar la justicia social, aunque se lo reclama el Evangelio a voz en grito; nunca hizo demasiado por despejar la percepción colectiva de que durante siglos, a pesar de tantos heroísmos misioneros y tantas fundaciones caritativas, cultivó con exceso la riqueza y el poder y se quedó, tímidamente, en la predicación y la práctica de la mera caridad limosnara, necesaria pero insuficiente. Siempre que hallaron un resquicio, una ocasión, las masas burguesas y las famélicas legiones obreras, objeto de tradicionales injusticias o simplemente envenenadas por propaganda intencionalmente subversiva, se alzaron contra la Iglesia en una actitud de revancha injustificada, pero comprensible.

Desprestigiado Alfonso XIII por haber permitido la dictadura de Primo de Rivera

(1923-30), su caída era tan previsible como fue bienvenida y votada por incontables masas de gente católica. Gregorio Marañón, quien con otras dos lumbreras, el filósofo Ortega y Gasset y el novelista Ramón Pérez de Ayala, había fundado la “Agrupación al servicio de la República”, cuenta no sin gracia que, como él mismo observó desde su cigarral, al otro lado del Tajo, el 12 de febrero de 1931 “en Toledo la votaron hasta los canónigos de la catedral”. Pero pronto se iniciaron las disensiones. Inmediatamente Pedro Segura, arzobispo cardenal primado de Toledo, cometió la inoportuna imprudencia de publicar una pastoral incongruente atacando la República y enalteciendo al huído rey; dio así pábulo a la reacción, típicamente española, estimulada desde el Ateneo de Madrid y llevada a cabo por grupos de jóvenes: a principios de mayo de 1931 ardieron varios conventos y fueron asesinados algunos frailes. Así, desde los primeros días de la República quedaba signada su futura trayectoria hacia el extremismo destructor a la vez que su escisión interna, tanto



Manifestación patriótica en la Plaza de Oriente contra la posible decisión de la ONU de retirar embajadores de España, 9 de diciembre de 1946.

como la actitud de uno de sus principales adversarios, ya que desde el principio fue también una de sus principales víctimas: la Iglesia.

Demosté en ese libro que muchos de los mismos que trajeron la República en 1931, y más que nadie intelectuales de la inmensa talla de Ortega, Unamuno o Marañón, la repudiaron muy pronto al ver el cariz que adoptaba, a excepción de quienes con Azaña al frente constituyeron en febrero de 1936 el Frente Popular para las elecciones que lo pusieron en el gobierno con Azaña en la presidencia tras destituir ilegalmente a Don Niceto. Es verdad que al desprestigio de la República contribuyó tanto la mezquindad de la derecha como el sectarismo de la izquierda. El ideal inicial, mayoritariamente compartido, de una revolución institucional, industrial, agrícola, educativa y de reforma de la política religiosa como la que ya habían realizado los países europeos había sido sustituido rápidamente por el de una revolución proletaria, con tintes, además, de anarquismo por una parte y de separatismos por otra. La mayor parte de los políticos españoles no estaban preparados para asumirla y, lo que toca de cerca a nuestro tema, ninguno de los tradicionales obispos españoles lo estaba para aceptar programa tan altamente cristiano como es la separación entre Estado e Iglesia, con la cual ésta gana la libertad que le es imprescindible para ejercer su misión independiente. Alcalá-Zamora y su República centrista fueron aplastados a la izquierda por el extremismo anarquista y el sindicalista del ala socialista de Largo Caballero, y a la derecha, por el militarismo desbocado, el pistolerismo falangista y el Bloque Nacional. Nadie escuchaba las pocas voces de calma y tolerancia que se pronunciaban. El enfrentamiento fue acalorándose hasta que estalló. El general Mola y sus colegas rebeldes no hicieron sino adelantarse al estallido que,

hoy lo sabemos por documentos fehacientes, estaba preparando la extrema izquierda republicana. Todos los próceres arriba citados se exiliaron oportunamente; de lo contrario, habrían sido asesinados por sus propios correligionarios de antaño. Entre los asesinados en Madrid se cuentan, por ejemplo, su alcalde republicano y ex ministro Salazar Alonso, o Melquíades Álvarez, fundador y jefe de un partido republicano de toda la vida.

Vale la pena llamar la atención sobre al menos tres curiosas paradojas que se desarrollaron por aquellos tristes años. Primera: Franco defendió la República contra la rebelión socialista de Asturias de octubre de 1934, nada intervino en la preparación de la rebelión del 18 de julio del 36 por querer ser fiel a su juramento republicano mientras el gobierno fuera fiel a la pureza de sus ideales, y sólo se unió al complot cuatro días antes, tras el asesinato republicano de Calvo Sotelo, jefe de la oposición democrática, pero acabó erigiéndose en su Caudillo por la gracia de Dios con la bendición de sus representantes en la Tierra. Segunda: tanto el Partido Comunista como la Falange en 1936 sólo tenían en todo el país grupúsculos de adeptos, pero acabaron en 1939 siendo árbitros, aquél, el PCE, del gobierno republicano de Juan Negrín (con cuya viuda e hijo tuve amistad en Nueva York durante los años setenta), por lo cual sólo los ingenuos se atreverán a admitir que el porvenir de España habría sido muy risueño si la victoria no hubiera sido de Franco, y la Falange se convirtió en uno de los lastres del franquismo que durante cuarenta años más impidió su liberalización. Tercera: la Iglesia Católica no participó absolutamente nada en la confabulación, preparación ni gestión de la rebelión militar, pero quedó atrapada en la maraña política desde el primer momento: perseguida a sangre, fuego y muerte por el bando republicano, no tuvo otro remedio



Franco despiden al presidente Eisenhower, 22 de diciembre de 1959. (Foto Jaime Pato)

que erigirse en el principal soporte moral de uno de los bandos, el rebelde, en vista del tratamiento destructivo que recibía en el otro.

La historia de la larga y dura etapa franquista es paralela a la de los vaivenes del apoyo que, cada uno a su modo, prestaron al dictador y a su obra esos tres poderes fácticos: Ejército, Falange, Iglesia. Pero nadie se atrevió con él. En ese restringido y antipático sentido, César invicto. Sólo la muerte. Suerte que con razón pueden envidiarle todos los dictadores.

BREVE REPASO A LA ACTITUD DE LA IGLESIA

Los españoles de hoy, bombardeados por la propaganda antihistórica de los prejuicios que llevaron a la promulgación de la llamada Ley de memoria histórica, se han visto invitados a olvidar que el número de asesinatos de españoles en uno y otro bando de aquella triste guerra entre hermanos fue aproximadamente igual. La

nuestra fue una cruel guerra de ideologías en la cual —otra paradoja— no sólo se asesinaron mutuamente los de uno y otro extremo, sino que la furia de ambos alcanzó, cuando se les antojaba, a los que se hallaban en medio, a los de centro, incluso a muchos indiferentes, que para unos eran rojos y para otros azules, por aquello de que todos los españoles eran del color del cristal con que se les miraba. El cristal rojo salpicó de sangre a todos los curas que pudo. Mi condiscípulo Antonio Montero, que acaba de jubilarse como arzobispo de Extremadura, demostró en un famoso libro (*Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Madrid, 1961) que, además de 13 obispos, pasaron de 7.000 los curas, frailes y monjas asesinados en lo que se llamó zona roja durante los tres primeros meses de la guerra. Innumerables templos, conventos y seminarios fueron quemados, desvencijados y convertidos en mercados o salas de baile. De la abismal incultura de aquellas milicias rojas pretendidamente salvadoras de España da buena medida que en ninguna iglesia de los pueblos y ciudades que ocuparon se salvó ni el órgano, ¡con lo lindo que habría sido bailar a su son!

Que los franquistas cometieron asesinatos durante la guerra es intolerable, pero comprensible, pues al fin y al cabo eran “militarotes” nada respetuosos ¿no? con la democracia ni con los derechos de las personas. Pero que un gobierno democrático, como se dice y se supone que era el republicano, tolerara aproximadamente el mismo número de asesinatos de inocentes no tiene ninguna explicación sino la barbarie, y resulta peor excusarlo atribuyéndolo a su impotencia para dominar a sus gentes. Si los asesinatos de una parte se atribuyen al franquismo, no queda otra alternativa que atribuir los de la otra, simplemente, a la República, ¿o no? ¿Alguien sinceramente puede añorar la vuelta

ideal a aquella situación? A nadie, pues, le extraña que los obispos, sacerdotes y fieles de las diócesis “libres” apoyaran en masa desde el primer momento al bando franquista y que el propio Vaticano le dispensara el reconocimiento diplomático que necesitaba a nivel mundial. No sería justo, ni siquiera a la avanzada altura de la mentalidad abierta de nuestros días, culpar al Vaticano de ese reconocimiento ni a la Iglesia y sus fieles de haber sido franquistas en la odiosa confusión de los primeros años. El craso error consistió en el excesivo grado de gratitud mostrado por los curas y obispos “liberados” y en los abusivos términos de su reconocimiento, de los cuales la propaganda franquista y el dictador, aparentemente intocable en su cristianismo, supieron aprovecharse en su propio beneficio.

El episcopado y el clero español de entonces se había formado, y lo mismo le ocurrió al de la posguerra hasta aproximadamente 1965, en la mentalidad obtusa y peleona que prevaleció en los seminarios y universidades pontificias como resultado de cuatro documentos pontificios, tres de (¡San!) Pío IX: la encíclica *Gravissimas*, 1862, enseñaba que la razón no debe invadir el terreno de las cuestiones de fe; la *Quanta cura*, 1864, condenaba la libertad de conciencia y de culto y la democracia; el *Syllabus de errores modernos*, 1869, arremetía contra el progreso, el liberalismo y la democracia; y uno de (¡San!) Pío X, la encíclica *Pascendi*, 1907, paralizó los estudios bíblicos y teológicos progresistas y condenó el modernismo. En el episcopado brillaban entonces dos cabezas de diverso signo, las dos de origen catalán: el conservador cardenal Isidro Gomá ocupaba en Toledo la silla dejada vacante por Segura, que había sido expulsado tras su adversa pastoral por Maura, ministro de la Gobernación, con gran disgusto del Presidente Alcalá-Zamora, ambos católicos practicantes; la de Tarragona estaba bien servida

por el cardenal Francesc Vidal i Barraquer, moderadamente liberal y catalanista, a quien la Generalitat salvó al estallar la guerra llevándolo a Roma, aunque su obispo auxiliar y todos los demás de Cataluña fueron asesinados. El Vaticano supo mirar más allá del horizonte: de haber triunfado los republicanos, Vidal habría sido el candidato a dirigir la Iglesia española, que no podía menos de salir contaminada de su insoslayable apoyo al franquismo. Pero, vetado por Franco para reincorporarse a su sede, murió en el destierro.

Las divergencias episcopales fueron, pues, sonadas y hasta escandalosas, especialmente para nuestra mentalidad de hoy. ¿Puede alguien de buen sentido aplaudir que el obispo de Salamanca, el también catalán Enrique Pla y Deniel, le ofreciera a Franco ya en septiembre del 36 su bello palacete como cuartel general para que desde él, después haberlo hecho desde Burgos, dirigiera la guerra? Su belicismo y su falta de sensatez teológica le llevaron a publicar el 30 de ese mes una larga pastoral en forma de libro titulada, a imitación del de San Agustín, *La dos ciudades*. Es decir, las dos Españas, la vencedora y la vencida, como en la profecía de Antonio Machado tan conocida por la canción de Serrat: “Españolito que vienes al mundo, guárdete Dios; una de las dos Españas ha de helarte el corazón”. En esa pastoral Pla dio por primera vez el carácter de cruzada a la guerra civil. Franco le premió haciéndole primado en Toledo a la muerte de Gomá. Era aún más diminuto que Franco, por lo cual, cuando le hicieron cardenal, se le llamaba en broma “su menudencia” en vez de “Su Eminencia”. Viendo lo desvariadas que andaban las cosas, al acabar la II Guerra Mundial se retractó parcialmente en otro documento relevante, la pastoral de septiembre de 1945. En ella seguía justificando la guerra consiguiendo al fracaso de la rebelión militar de julio de 1936 y defendiendo a la Iglesia de la acusación de

franquista: “La jerarquía sólo bendijo a un grupo beligerante después que el carácter de la guerra civil del primer momento se transformó en Cruzada”, pero reclamaba que el Estado diera plena vigencia a sus proclamas de libertad y dignidad de los españoles y que, en consecuencia, limitara al máximo su totalitarismo y consolidara la paz a base del perdón a los enemigos: “Dense por liquidadas las responsabilidades pasadas... Haya tanta firmeza en el poder como generosidad con los que un día se enfrentaron con él”. Fue ésa la primera vez que la jerarquía empezó a marcar distancias.

Años antes, a principios de 1937, Franco supo que Roma preparaba su valiente encíclica contra el nazismo de Hitler, la *Mit brennender Sorge* [Con ardiente preocupación], que el futuro cardenal Spellman de Nueva York pudo sacar al mundo libre burlando la guardia fascista de fronteras. Se publicó el 14 de marzo. Franco necesitaba el apoyo vaticano tanto como los obispos españoles disipar la impresión de que secundaban una rebelión antidemocrática de signo fascista. Gomá se prestó a ambos fines. En febrero escribió al Vaticano pidiendo una declaración de que los católicos vascos separatistas se habían aliado con los comunistas. Franco halló ahí un pretexto para hacer fusilar a casi una veintena de sacerdotes vascos; fue entonces cuando le comentó a su incondicional general Camilo Alonso Vega la brutal frase “la carne de cura es indigesta”, pero a la vez prohibió a los obispos dar ningún tipo de publicidad a la encíclica, que en parte le afectaba por estar él y su causa aliados al falangismo. Gomá culminó su tarea publicando el 1 de julio, tras consultas con buen número de obispos, una carta colectiva dirigida “A los obispos del mundo entero”, en la que se denunciaban los atropellos rojos contra la Iglesia, se aprobaba el alzamiento como libertador frente a los enemigos de Dios, y defendía al Estado Nacional de toda acu-

sación de fascismo. Lo que tal documento significó para Franco resultó incalculable. Gomá recabó la aprobación previa de sus colegas, pero dos se la negaron: Vidal y el obispo de Vitoria para todo el país vasco, entonces aún una sola diócesis, y Mateo Múgica, el cual fue por eso expulsado de España por Franco, quien nunca más le permitió volver a su diócesis. Gomá no tardó en dar el paso atrás que su sentido de Iglesia exigía de un obispo sensato. Acabada la guerra, publicó el 8 de agosto de 1939 en su boletín diocesano una pastoral ejemplar titulada *Lecciones de la guerra y deberes para la paz*, en la que criticaba la excesiva exaltación del Estado, clamaba por la implementación de la justicia social tan publicitada por el régimen en su lema, uno de tantos, “Ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan” y exigía del Generalísimo vencedor perdón a los vencidos para así establecer la auténtica paz entre todos los españoles. Franco se irritó hasta el punto de prohibir a todos los obispos publicarla en sus propios boletines.

Segura, ahora arzobispo de Sevilla, marcó su terreno, que mantendría toda la vida: ni siquiera acompañó a Franco cuando éste se paseó triunfante por la Semana Santa sevillana en 1940 y aprovechaba cualquier ocasión para denostar el totalitarismo del régimen, con lo que suscitaba su enojo pero también el del resto de la jerarquía y del Vaticano, acostumbrados a moverse entre dos aguas. No pudiendo destituirle ni expulsarle, se le nombró un auxiliar con derecho a sucesión: el brillante aragonés, obispo de Jaca y luego cardenal, José Bueno Monreal.

Pronto se descubrió que esta triquiñuela de los obispos auxiliares servía para obviar los obstáculos que el régimen franquista oponía a la libre designación papal de obispos titulares. Franco restituyó la Iglesia a un nivel de aceptación oficial y de poder en todos los ámbitos de la nación muy superior al que antes disfrutaba,

sólo comparable al de la época de los Reyes Católicos y sus sucesores los Austrias, que él aspiraba a emular con su lema, bastante absurdo, "Por el Imperio hacia Dios". Empezó contribuyendo a restaurar los templos y seminarios destruidos tanto por asaltos sacrílegos como por necesidades bélicas. En Aragón, sumo ejemplo es Teruel. Si fue aconsejable no reconstruir Belchite ni su seminario, sustituyó éste con el nuevo de Zaragoza en Casablanca, bella jaula que peores tiempos, los recientes y actuales, privaron de pájaros, por lo que ha tenido que ser enajenado para usos civiles. La Iglesia no podía menos de estarle eternamente agradecida, y así no escatimó concederle bendiciones a cambio de multiplicarle privilegios. El mayor título personal fue recibirle en los templos bajo palio, reservado a los Reyes y al Santísimo Sacramento; a título estatal, elegir a los obispos, que el papa se limitaba a aprobar. Cuando muchos años más tarde, a impulsos de Juan XXIII y Pablo VI, la Iglesia española entró en razón y se aprestó a distanciarse, los nuncios Antonio Riberi y Luigi Dadaglio, tan relativamente progresistas como esos papas, seleccionaban candidatos menos conservadores que los anteriores y se los encajaban al régimen como obispos auxiliares, que no necesitaban su aprobación.

No está de más decir que, como resultado del modo como se luchó en la guerra y de su final de cruzada triunfalista, la religiosidad y la cultura que se impusieron, y no sólo se permitieron, adquirió desde el principio aires de extremo conservadurismo, con la consiguiente prohibición de todo lo que sonara a novedad y, por supuesto, a cultura liberal, a democracia y a aperturismo. Lo que se respiró durante los primeros treinta años de franquismo fue una religiosidad pública y una cultura esencialmente mojigatas. Quienes podían (podíamos) salir al extranjero y ser tes-

tigos de lo que se cocía en países como Francia, Holanda o Alemania no podían menos de sentirse culpables de no poder contribuir a difundir y realizar, tanto en el campo estrictamente religioso como en el cultural y el político, los modelos de ideología y de religiosidad que fuera eran de dominio público. Cundió en España durante decenios lo que se podría calificar de insana inflación religiosa. Insana, no por las facilidades otorgadas a la intensa piedad privada, a la maravillosa espiritualidad de los conventos, a los incentivos a la santidad que estimulaban organizaciones como la Acción Católica y las asociaciones piadosas, y a la proliferación de la pública cuando la había y era sincera, sino por el hecho de que no era posible someter esa hipotética sinceridad a la prueba de su autenticidad, que radica solamente en la libertad.

Tal institucionalización del conservadurismo llegó a extremos de ridícula exaltación especialmente en la educación primaria y secundaria, que básicamente estuvo entregada a las congregaciones religiosas con mínimo apoyo a los institutos oficiales de segunda enseñanza (no más de dos por ciudad y con estricta separación de sexos) y al muy limitado número de colegios privados que se permitían. La indigesta ñoñez de las normas de moralidad pública se cifraba en los centímetros de las faldas por debajo de la rodilla, en la censura del teatro, el cine y los libros por gentes poco conocedoras que a veces juzgaban sólo por los títulos; en los rigores del vestuario, que por ejemplo obligaban a Sarita Montiel o a Rocío Jurado a echarse al hombro cualquier holgado trapo para disimular que, como cualquier mujer, tienen pechos y les gustaba lucirlos; las cortapisas a toda doctrina incluso moderadamente avanzada y a sus defensores en seminarios, institutos y universidades eran ridículas y constantes. La subconciencia colectiva de los

españoles de la posguerra parecía estar como marcada por una especie de universal vergüenza, que los desafortunados gritos de triunfalismo procuraban acallar, pero también por cierto propósito de enmienda que como a oscuras buscaba equilibrar en el nuevo exceso del nacional-catolicismo el equilibrio con los previos desmanes republicanos estatales y populares. Y como el silencio o la cárcel y quizá la muerte era la única alternativa, no había quien protestara ni se arriesgara a emprender otro camino. Vista con ojos de hoy, pero para algunas mentes despiertas ya entonces, el entero aparato de la política religiosa y cultural montada por el régimen franquista nació ya totalmente anacrónico.

A fines de julio de 1939 un hombre hoy desconocido, Tomás Domínguez Arévalo, jefe del Servicio Nacional de Enseñanza Superior y Media, recibió orden de Franco de depurar, es decir, cesar en la propiedad de sus cátedras de Instituto o Universidad, a una larga lista de nombres ilustres, la mayor parte de los cuales habían tenido que exiliarse por miedo a que la implacable represalia cultural de los primeros años les llevara al paredón. Para calibrar tamaño pérdida de peso intelectual, tan necesario en la reconstrucción del país, baste recordar entre ellos a Américo Castro, Sánchez Albornoz, Rafael de Buen, Pedro Salinas, Flórez de Lemus, Joaquín Xirau, José Gaos, Camilo García Trelles, Luis Recasens, además de otros menos conocidos. Centros de enseñanza e investigación de Argentina, México, Venezuela, se beneficiaron de tan vergonzoso expolio. La Universidad española se asomó a la posguerra huérfana y depauperada. Pedro Sáinz Rodríguez, antiguo colaborador de Calvo Sotelo y luego primer ministro de Educación de Franco, de cuya amistad disfruté desde 1975 en que, al morir el Caudillo, pudo volver de Portugal, donde se exilió cuando tempranamente se desengañó y fue consejero de Don Juan, me habló de cuán orgulloso

se sentía por haber impuesto un bachillerato sumamente exigente, de orientación humanística en la que —a diferencia de hoy— eran obligatorios el griego y el latín, culminante en un difícil examen de Estado que tan buenos resultados dio; pero cuán arrepentido de haber inspirado la cultura del nuevo Estado a base de Menéndez Pelayo, para quien no ser católico es sinónimo de no ser español, de Balmes (a quien tanto admiré en mis años de seminarista) y de la filosofía neoescolástica, seguidora de la medieval de Santo Tomás de Aquino. Leer a Unamuno, a Ortega, a García Lorca, a Blasco Ibáñez, y no digamos a autores extranjeros que no fueran ultracatólicos, estuvo prohibido con graves penas durante muchos años. En fecha tan tardía como la primavera de 1967, al matricularme en la Universidad de Madrid tras volver de mi primera estancia de cuatro años en Estados Unidos, pude comprobar que ningún profesor de la Facultad de Filosofía sabía nada de la que entonces era moda allí, el neo-positivismo lógico, ligado al nombre de Ludwig Wittgenstein.

Dije antes que el franquismo, con sinceridad piadosa o sin ella, facilitó enormemente la difusión de la piedad pública y privada. Pocas veces, si alguna a lo largo de la historia cristiana, ha gozado la Iglesia de la libertad y los medios necesarios y suficientes para difundir su mensaje esencial, es decir, para evangelizar, con tal que no rozara en absoluto los campos de especial sensibilidad que el régimen había acotado como propios. Masivas e impresionantes misiones populares que se dieron varias veces en todas las ciudades y pueblos lograban conmover y hasta convertir a los más recalcitrantes, aunque sólo fuera por cansancio, por la machacona insistencia de ruidosos sermones que altavoces estratégicos difundían en todos los rincones de las plazas y calles. Al no haber aún TV, la atención de los hogares y aun de los bares se concentraba en emisiones

radiofónicas de técnicas sumamente avanzadas para la época, en especial las series del afamado Padre Venancio Marcos, que incluso actuó en cine haciendo de Padre Polanco, el obispo mártir de Teruel, en una película de gran fondo patriótico. Rebosaban los seminarios, los conventos, y por supuesto, las iglesias. Pueblos y ciudades recuperaron sus viejas tradiciones piadosas, sus procesiones, sus romerías, sus costumbres ancestrales. España, se decía, ha vuelto a ser España. Y sin duda alguna, el florecer de vocaciones a la santidad en el claustro y en el mundo halló en el franquismo, y no se puede decir que a pesar de sí mismo, la oportunidad histórica que desde hacía siglos, quizá desde el siglo de la Ilustración, se le había negado política y oficialmente.

Pero si en época de tantas vacas gordas para la Iglesia hay que elegir algo para culparla, tanto a la nacional española como al Vaticano, habría que señalar el que estimo ser el punto más sobresaliente y sin duda alguna el más escandaloso: su silencio oficial ante los abusos y los crímenes cometidos desde el poder, su silencio a lo largo de la dura represión de la posguerra. Por un informe de Don Esteban Bilbao y Eguía, requeté tradicionalista, emitido al dejar el Ministerio de Justicia, que ocupó entre agosto de 1939 y marzo del 43 para ser presidente de las Cortes, se sabe que en este año había en las cárceles franquistas nada menos que 75.000 presos políticos, sin contar los que gemían en campos de trabajos forzosos, cárceles militares o los calificados simplemente como criminales comunes por haberseles demostrado participación en asesinatos u otros actos de violencia. En cuanto al número de ajusticiados en los primeros años de franquismo continúa sin resolverse la discusión de los especialistas, pero nadie, ni los más afectos a él, se atreverán a dudar que no bajaron de 50.000. Pues bien, y ésta es mi

tesis: ninguna voz episcopal se alzó para denunciar tan inmensa injusticia anticristiana. Quizá sólo una, aunque con cierta timidez, la del obispo de Logroño, don Fidel, quien se había atrevido a publicar en su boletín extractos de la encíclica contra el nazismo. El régimen no se lo perdonó: le persiguió durante años con calumnias de todo tipo, hasta que tuvo que autoexiliarse a Roma hacia 1953. Allí le conocí.

La reacción de la jerarquía eclesiástica fue excesivamente lenta y titubeante. A pesar de todo, quizá la historia habría sido otra si Gomá hubiera estado a la cabeza. Por otra parte, los obispos aún no se agrupaban en conferencia episcopal que hablara, como ahora, con una sola voz. El mismo Segura ultramonárquico y en principio antifranquista, que ni siquiera permitió que en las paredes de los templos de su archidiócesis se inscribieran los nombres de los mártires “caídos por Dios y por España”, era un peso de inmovilismo: por ejemplo, en 1952 dictó una pastoral en que arremetía contra la libertad religiosa que el régimen, con el fin de aparentar de ella para todos, había concedido a algunos grupos protestantes. ¿Cómo un gobierno cristiano va a permitir libertad de conciencia a una religión no verdadera, pues la única tal es la católica?

En junio de ese año tuvo el régimen la oportunidad de ostentar su piedad oficial al apoyar y mostrar su religiosidad públicamente en el congreso eucarístico internacional de Barcelona. Fue quizá la máxima celebración de la oficiosidad religiosa del franquismo, con el detalle de que, para que se entrevistara con Franco, el papa Pío XII (con quien hablé dos veces, sobre quien escribí *Medicina y moral en los discursos de Pío XII*, 1959, y por quien mantengo hondo respeto) envió como legado personal suyo al cardenal Federico Tedeschini. Este cardenal fue largo tiempo malquisto por el régimen por haber sido nuncio en

España durante la dictadura de Primo de Rivera, la República y el principio de la guerra, y haber promovido, a instancias del Vaticano, el acatamiento posibilista de la República por políticos e intelectuales ardientemente católicos, como Gil Robles con su CEDA, importante partido de derecha moderada que llegó al poder en 1934 y de gran responsabilidad por negarse a la unión con el centrista de Alcalá-Zamora, y como Ángel Herrera (luego sacerdote y cardenal de Málaga) con *El Debate*, gran periódico católico de los años anteriores a la guerra.

Como no podía ser de otra manera, la jerarquía y el franquismo tenían muchos puntos teóricos y prácticos de convergencia. A ambos les caracterizaba su oposición al racionalismo, al nacionalismo, al liberalismo, a la masonería, a la irreligión, al socialismo, al comunismo, de ahí que nacional-catolicismo y nacional-socialismo compartieran muchos elementos de la retórica común. Ello se muestra especialmente en el terreno social. En algunos campos sociales el franquismo adoptó medidas que en principio tenían que agradar a los clérigos, por poner en práctica algunos principios de la doctrina social que la Iglesia venía promulgando desde hacía medio siglo en encíclicas como las de León XIII en 1891 y Pío XI en 1931. Es verdad que los documentos franquistas en este campo se dictaron en el marco de una dictadura, la cual todo lo corrompía, incluso lo mejor, al igual que ocurre en todas las dictaduras del color que sean; cuando le convenía, especialmente para efectuar con mayor eficacia su represión en asuntos y momentos puntuales, le bastaba con suprimir temporalmente las garantías cívicas teóricamente proclamadas en el Fuero de los españoles. Ningún obispo, y siempre hubo algunos que sirvieron como procuradores en las Cortes franquistas e incluso, ya al final, el arzobispo de Za-



El nuevo arzobispo de Toledo, monseñor Vicente Enrique y Tarancón hace su entrada en la archidiócesis en compañía del alcalde, 11 de mayo de 1964.

agoza, Pedro Cantero Cuadrado, como miembro del Consejo del Reino, ninguno se inmutó, sino todo lo contrario, ante el artículo sexto de dicho Fuero: “La profesión y práctica de la Religión católica, que es la del Estado español, gozará de protección oficial... No se permitirán otras ceremonias ni manifestaciones externas que las de la Religión católica”.

Pero la escalada social del franquismo presentaba aspectos dignos de elogio, auténticos avances sociales que ni siquiera la República soñó, y menos aún los regímenes comunistas que después de la Segunda guerra mundial se fueron instalando violenta y dictatorialmente en el Este de Europa: leyes y decretos como los del Fuero del Trabajo en fecha tan temprana como 1938, el Seguro de vejez el año siguiente, el obligatorio de enfermedad en 1942, el Seguro del Trabajo en 1944, el Fuero de los Españoles en 1945. Tal legislación de tipo relativamente socialista junto con la insistencia del luego cardenal Herrera y el grupo de sus sacerdotes y obispos adictos

hizo mella en la conciencia de muchos obreros católicos, cuya HOAC (Hermanidad de Obreros de Acción Católica) fue el hogar donde se formaron hombres, como Camacho y otros, que en su insistencia en pasar de la teoría a la acción y de formar sindicatos independientes de los del régimen, fueron el germen fundacional del sindicato hoy llamado Comisiones Obreras. En la huelga que con motivo del encarecimiento de los tranvías se desató en Barcelona en 1951 ya participaron algunos, por lo que empezaron a sufrir persecución.

A muchos curas jóvenes les (nos) atrajo el proyecto belga y francés de los curas obreros, pronto prohibido por la jerarquía, y para mejor formarse pasaron temporadas en Bélgica bajo la tutela de la Jeuneusse ouvrière chrétienne de Monseñor Cardijn; también la hispanoamericana Teología de la liberación, que corrió la misma suerte; lo mismo que otros revolucionarios movimientos de base como, dentro de España, el de Cristianos por el socialismo. Inquietos miembros jóvenes del clero y selectos grupos de fieles dieron así algunos pasos al frente que los obispos, ligados al sistema más estrecha y visiblemente, no se atrevieron a dar; los más intrépidos no se arredraron en desconfiar de la Iglesia como institución. Desde antes del Concilio y hasta bien entrada la transición varios millares de clérigos, con enorme sorpresa de sus obispos, “colgaron los hábitos”, según la vulgar frase, los más (los más cobardes, los menos cristianos) por no poder con el celibato; los menos, los más exigentes y consecuentes, por haber ido encauzando su vida poco a poco hasta actitudes serenamente agnósticas. Muchos obispos y canónigos influyentes se distinguieron, sin embargo, en edificar barrios de casas baratas a fin de erradicar las incontables chabolas miserables que enmarcaban las ciudades; pocas veces ha cumplido la Iglesia mejor que en la larga



Monseñor Pedro Cantero Cuadrado, nuevo arzobispo de Zaragoza entra en su archidiócesis montado en una mula blanca, 16 de julio de 1964.

y mísera primera etapa de posguerra su misión de socorrer a los pobres con obras de caridad. Los más generosos, como el jesuita Padre Llanos y su grupo, convivían y compartían la pobreza del barrio madrileño de Vallecas. De él aprendieron su vocación social e incluso socialista jóvenes que llegaron a ser conocidas personalidades, como Javier Solana y otros que obtuvieron altas responsabilidades públicas a la muerte de Franco.

El año 1945 señaló la primera transición, la de la etapa represiva del franquismo a la de fluctuantes tejemanejes por hacerse aceptar por el mundo. No fue admitido en la ONU al ser creada en 1946, viendo además, con espanto, cómo todos los países le retiraban sus embajadores menos el Vaticano y Portugal. Pero ese mismo año Churchill en Fulton, secundario centro universitario de Estados Unidos, bautizaba como “telón de acero” el que durante más de cuarenta años iba a oponer en ominosa guerra fría el también anacrónico imperio comunista de la URSS contra las democracias occidentales. España quedaba en medio, ni democracia ni comunista,

y por eso, baluarte anticomunista del que ellas podrían fiarse si les fuera menester. A Franco le urgía hacer méritos, y lo consiguió. Ansiosas negociaciones con el Vaticano y con Estados Unidos dieron por resultado que casi al mismo tiempo, en 1953, España firmara con aquél el 27 de agosto un muy deseado Concordato que solemnemente confirmaba todos los privilegios que Franco y la Iglesia habían estado disfrutando, y el 26 de septiembre con el gran país norteamericano, el generoso “Convenio de mutua defensa y ayuda económica” gracias al cual España empezó a ser readmitida en la comunidad internacional. Por supuesto, el Concordato nacía ya viejo, totalmente desfasado en relación con las auténticas ansias de libertad e independencia pastoral y del progresivo espíritu de laicidad moderada que se estaban abriendo camino en la mente de no pocos clérigos jóvenes en sintonía con los aires teológicos que oreaban en países como Francia, Bélgica u Holanda.

LA LENTA MARCHA A LA TRANSICIÓN

En el aspecto político las cosas le habían empezado a ir mejor al franquismo desde 1949, en cuyo mes de septiembre le visitó una comisión senatorial de USA para explorar los límites de la indudable resolución de España como plataforma anticomunista, culminante en la visita y abrazo de Eisenhower en diciembre de diez años después. Pero aún habrían de pasar diez años más hasta que 1959 señaló el comienzo del lento despegue de la Iglesia en sus relaciones con el Estado franquista. En enero anunció Juan XXIII la convocatoria del “aggiornamento” de la Iglesia al convocar el Concilio Vaticano II (1962-65). En adelante todo empezó, poco a poco, a ser distinto, y en España también. Sus encíclicas *Mater et magistra* y *Pacem in terris* y la doctrina oficial del Concilio suscitaban la inquietud del régimen a la vez que

contribuyeron a alertar a algunos aletargados clérigos y obispos de los nuevos aires que iban a soplar tanto dentro de la Iglesia como en sus relaciones con los poderes laicos, más aún, en el concepto mismo de Iglesia, a la cual había que entender como una comunidad de fe, esperanza y amor, y no –al estilo medieval– rancieramente teológico y conservador– como una sociedad que podía pactar con la otra sociedad, el Estado, ambas perfectas cada una en su ámbito. Comenzaron a primarse así los conceptos de subjetividad de la fe, de libertad de todo creyente, incluso de libertad y aceptación cristiana del agnóstico de buena intención. En revistas y otras publicaciones especializadas, y especialmente en un fundamental documento de la jerarquía episcopal, del 29 de junio de 1966, titulado “La Iglesia y el orden temporal”, le llegaron a Franco peticiones de que se atuviera a las enseñanzas eclesiológicas del Concilio y concediera las libertades sindicales obreras y universitarias que aquél exigía a los gobiernos católicos. Le repetía, entre otras recomendaciones, estas palabras conciliares: “El orden político-social debe estar fundado en la verdad, edificado en la justicia, vivificado por el amor..., encontrando en la libertad un equilibrio cada día más humano”. La respuesta fue que el régimen franquista ya se había adelantado a ellas, pues no en vano su España era un Estado católico de derecho con todas las consecuencias.

Fue Pablo VI quien realmente puso nervioso al franquismo. El papa intervino varias veces para solicitar personalmente de Franco que no firmara sentencias de muerte a anarquistas en 1963 y a miembros de la ETA en 1970, y protestó formalmente cuando el dictador no le escuchó y los ejecutó. Tanto el embajador Antonio Garrigues en 1967 como el papa en abril del año siguiente le pidieron que renunciase al “derecho de presentación” de obispos que le otorgaba el Concordato, pero él siempre se resistió. Sabía que tenía en la

jerarquía y gran parte del clero uno de sus principales puntos de apoyo. Pero la Iglesia —es decir, la comunidad de creyentes en Cristo dirigidos por sus pastores— había ido cambiando al mismo ritmo que la sociedad civil, y para muchos sacerdotes ilustrados, más deprisa. Desde al menos 1965 la sociedad y la Iglesia reales no coincidían con la sociedad y la Iglesia oficiales. Franco no brillaba por sus conocimientos en asuntos de economía, campo en el que dejó hacer a sus ministros en cada período de su larga dictadura, pero tampoco en sus conocimientos de los últimos cinco siglos de historia y la cultura subterránea de España, en los que grandes intelectuales y políticos disidentes —cadena que une judeoconvertos, comuneros, erasmistas, protestantes, arbitristas, ilustrados, liberales y republicanos— convivían con la España oficial, demasiado cerril e inquisitorial. Ni siquiera era su fuerte la teoría política y la esencia del comunismo, fuera de constituir un término equívoco de lo que había que machacar. Siempre hablaba de que todos los males de España, “sus demonios”, según los calificaba, procedían del liberalismo, la democracia y lo que él llamaba “contubernio judeo-masónico” promovido por el comunismo internacional, sin ni darse cuenta de que pocas cosas hay más opuestas entre sí que comunismo, masonería y judaísmo. Por esa razón, todo intento de reforma, fuera política, cultural o religiosa, le sonaba a influencia semi-diabólica y, como todos los dictadores, equiparaba los intentos de cambiar su régimen personalista a una traición contra la Patria, cuyos intereses confundía con los suyos.

El franquismo fue bien servido por brillantes seculares miembros de dos organizaciones católicas de orientación derechista, lo que no significa que ellas como tales le prestaran apoyo oficial alguno: entre 1945 y 65, la ACNdP (Asociación Nacional de Propagandistas), cuyo presidente, Alberto Martín Artajo, fue uno de los confidentes

y asesores más íntimos del Generalísimo y, como ministro de Exteriores, artífice del Concordato; a partir de 1957 y hasta el final, el Opus Dei, de cuyo seno procedió el grupo de los llamados “tecnócratas”, que tanto contribuyeron al despegue económico e industrial de España. A hombres como López Rodó, Navarro Rubio, Ullastres y otros menos conocidos debe el país haber pasado de la alpargata al seiscientos con sus planes de desarrollo, por mucho que quepa criticar varios de sus matices. También a Manuel Fraga, ajeno a ambas organizaciones, pero católico activo, quien como ministro de Información y Turismo superó la dictatorial censura previa con una tímida y equívoca ley de censura posterior (es decir, de autocensura) y permitió la avalancha de turistas que trajeron divisas y mostraron a los españoles otros modos mejores y más modernos de vivir y de pensar. Los españoles más jóvenes quizá ignoran la frase que entonces se hizo célebre a propósito de los dos titulares sucesivos de ese Ministerio: “Con Franco Salgado, todo tapado; con Fraga, hasta la braga”.

Pero el búnker franquista, erre que erre. Ni los progresos económicos se compaginaban con los políticos, ni la mentalidad tridentina del catolicismo de gran parte de la jerarquía y del régimen permitía reformas de fondo. En Consejo de Ministros del 10 de septiembre de 1967 el eficaz Fernando M. Castiella, ministro de Exteriores, y Fraga presentaron y defendieron un proyecto de libertad y tolerancia religiosa que fue descuartizado por el resto de sus colegas, sobre todo por el influyente, aún no presidente, piadosísimo Carrero Blanco y los militares. No sólo varios obispos, como Añoveros, de Bilbao, y mi amigo José María Cirarda, entonces de Santander y luego arzobispo de Pamplona, sino docenas de clérigos se atrevían ya a exponer por escrito sus ideas de disensión y su apoyo a la oposición sindical y regiona-



El ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, defiende el proyecto de Ley de Prensa e Imprenta, marzo de 1966. (Foto Olegario Pérez de Castro)

lista. Oriol y Urquijo, ministro de Justicia, aconsejó a Franco permitir cárceles para clérigos. Hubo una en Cádiz, con uno de cuyos reclusos, viejo amigo, capellán castrense, me escribí desde Nueva York; la más famosa, en Zamora, albergaba en 1968 a nada menos que 50 sacerdotes.

Las aguas del malestar del clero formado y en su mayor parte nacido después de la guerra iban creciendo en fuerza, pero también en confusión. Llegaron algunos a incomprensibles conductas de rebelión pública contra sus obispos; sin duda que en muchos casos tenían teóricamente razón, pero hay ciertas formas de mostrar la disensión que son en sí mismas inaceptables, tanto en la esfera eclesiástica como en la militar e incluso en la civil. En ellas, y más cuando hay de por medio promesa o juramento de obediencia, no queda más noble solución que la advertencia discreta y secreta al superior o el abandono de la institución. Sonado caso fue en el Bajo Aragón el del cura Wifredo, creo que de Fayón, antiguo discípulo mío

en Zaragoza quien, como se ve, no asimiló mis ideas, quizá para él demasiado conservadoras.

Varios importantes documentos oficiales del episcopado esmaltaron la nueva toma de posiciones. El del 6 de diciembre de 1966, en vísperas del referéndum sobre la Ley orgánica del Estado que aspiraba a dejar todo el aparato franquista “atado y bien atado”, como decía Franco, se limitaba a recordar a los españoles –sin más– el deber de asumir en conciencia su responsabilidad de votar y hacerlo “de suerte que contribuya a promover el bien común”, fórmula que lo dice todo sin decir nada y no compromete más de lo oportuno. El 20 de noviembre de 1968 la conferencia episcopal divulgaba unas normas y principios cristianos relativos al sindicalismo y, en consecuencia, proclamaba el derecho de asociación, la total libertad sindical, frente al sindicato único y totalitario del Estado franquista. Había original novedad: no lo firmaban los obispos, sino un selecto grupo de sacerdotes profesores en varios centros de España. Pero la gran estrella episcopal de la transición político-ele-



El obispo de Bilbao, Antonio Añoveros Ataún, vuelve a su cargo después de haber sido acusado de atentar contra la unidad de España, 7 de marzo de 1974.

siástica de España fue el cardenal Vicente Enrique y Tarancón. Valenciano, sucesivo obispo de Solsona, Oviedo, Toledo y Madrid. Campechano, empedernido fumador de habanos, músico aficionado, talante socarrón disimulador de ágil captador de la realidad de las cosas y la sicología de los hombres, astuto jugador, al tanto de los problemas y aspiraciones del hombre de la calle y de los auténticos intereses del país. Por conocerle bien, el Vaticano prefirió trasladarle de la sede primada a Madrid, centro de la acción política.

Tres veces consecutivas actuó Tarancón al frente de lo que al fin iba a ser la ruptura definitiva de la Iglesia con el franquismo, una ruptura que de ningún modo tenía que plantearse como oposición a él, sino como respeto recíproco dentro de la total independencia de medios y fines.

La primera fue desde su presidencia de la asamblea conjunta de obispos y sacerdotes, elegidos éstos libremente por sus pares, que tuvo lugar entre el 13 y el 17 de septiembre de 1971. Su comunicado final rechazaba al fin la escisión entre vencedores y vencidos y pedía perdón a los españoles por “no haber sido auténticos ministros de la reconciliación”.

La segunda, otro documento trascendental con el que no podía ya quedarle al régimen duda alguna sobre la actitud de la Iglesia en la senda de modernizar sus relaciones con el Estado. Titulado “La Iglesia y la comunidad política” y fechado el 23 de enero de 1973, bien puede tomarse como respuesta eclesial al endurecimiento del Código Penal unos meses antes, en concreto en cuanto a los “delitos contra la libertad religiosa, la religión del Estado y las demás confesiones”. En él se actualizaban otros anteriores y se insistía de nuevo en la responsabilidad de responder a los cambios de la sociedad con cambios po-

líticos de orden ético y moral que respetaran la justicia, la pluralidad y el diálogo.

Finalmente, la ejemplar actuación del cardenal en la misa con motivo del inicio del reinado de Don Juan Carlos el día siguiente a la muerte de Franco. Le pidió en nombre de la Iglesia española que fuera rey de todos los españoles. Ello suponía una crítica explícita al régimen franquista por no haberlo sabido ser Franco, y mereció que en el entierro, como tres años antes en el de Carrero, se oyeran vergonzosos gritos de “Tarancón, al paredón”. Se había cerrado el círculo: de Pla a Tarancón. Es de suponer que éste habría aceptado la tiara si hubiera sumado más votos de los que de hecho recibió en el conclave que eligió sucesor de Pablo VI. Muchos estamos convencidos de que habría sido un gran papa.

Cuando se enjuicia el franquismo, nadie debe descuidar recordar que fue esencialmente una dictadura, por lo que toda su trayectoria hay que calificarla y valorarla como tal, o si se quiere, para usar los términos técnicamente diferenciadores que puso en circulación Juan Linz, un régimen autoritario, sin que entre ambos conceptos haya mucha distancia. Pero aun así, muchos, y la propaganda política al uso más que nadie, parecen olvidar que fue un régimen dictatorial, o autoritario, entre tantos que le precedieron y le han seguido, y no uno especial. Por eso, decir, por ejemplo, que el franquismo asesinó a inocentes, no toleró la libertad de expresión, asociación o religión, sólo permitió la cultura que le era afín y persiguió las demás, fue un paria para los países democráticos, atrasó el desarrollo económico, político y social de España, etc., etc., no lo diferencia sino en la referencia geográfica, es decir, a todo eso se puede responder simplemente que por supuesto, como todas las dictaduras o autoritarismos. Lo cual, por simple, no abarca toda la verdad, ya que regímenes de ese tipo muchísimo peores que el

franquismo y enormemente más criminales fueron los claramente fascistas, como el nazismo y los claramente comunistas como el bolchevismo soviético, y ahora, China, Corea del Norte y Cuba, esa nosantísima trinidad que se ha olvidado de arrancar las hojas del calendario. A todos ellos, y naturalmente al franquismo, les asemeja un mínimo común denominador. Más aún, ciertas huellas de autoritarismo se perciben en determinadas prácticas de gobiernos democráticos que miran, por ejemplo, al régimen fidelista con una pizca de nostálgica envidia retrógrada y suicida.

Cuando desde la democracia se pronuncian a la ligera juicios globales sobre las dictaduras o autoritarismos de uno y otro extremo, se corre el peligro de faltar a la verdad, pues no todo lo realizado por ellos es rechazable, aunque su marco político lo sea, lo mismo que no hay libro malo que no encierre y enseñe algunas verdades. Ninguno de ellos es como un túnel oscuro que para nada sirvió. Este principio, tan simple, es útil y apropiado criterio ahora para enjuiciar, por ejemplo, la cultura que se permitió en España durante los cuarenta años franquistas. Lo mismo que durante los tres siglos y medio de Inquisición, que era una de las secretarías o ministerios del gobierno, de 1478 a 1834, se produjo la más brillante y permanente cultura española en literatura, arquitectura o pintura, de Francisco de Rojas a Feijóo y Jovellanos pasando por Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Quevedo, Herrera, Velázquez, e incluso Goya, si bien a veces con incompreensión y recelo, lo mismo en el franquismo, al igual que en todas las dictaduras. El tema es goloso y se prestaría a todo un estudio comparativo entre la cultura realmente valiosa y perdurable producida en los casi cuarenta años de franquismo y la que desde 1975, también casi cuarenta, viene cursando las aguas, de la

democracia. Más libertad, por supuesto que sí, pero más calidad, habrá que verlo.

Los autoritarismos imponen limitaciones totalmente comprensibles y explicables. Según arriba quedó notado, el nacionalcatolicismo recelaba de los catedráticos de la Universidad liberal que desde el último tercio del XIX se habían formado en la Institución Libre de Enseñanza; por eso, la suplantó desde 1939 con el CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), marcado con el conservadurismo propio de su inicial mentor, un catedrático miembro del Opus, José M.^ª Albareda, nacido en Caspe en 1902, pero el Consejo perdura y en sus múltiples institutos y departamentos sigue llevando a cabo investigaciones y publicaciones que pueden competir con las del extranjero. Otro ejemplo: es verdad que algunos miembros del régimen, los más falangistas quizá, soñaron con reverdecer el Imperio al estilo de Mussolini en Abisinia, hablaban de Hispanoamérica casi con el deseo de volver a antes de su independencia y algunos interpretaron el bellísimo concepto de Hispanidad en ese sentido torpe y malsano; pero no hay mejor palabra que ésa para identificar la comunidad de cultura de España con la veintena de países antes hijos y ahora hermanos que comparten nuestra lengua y cultura, y el Instituto de Cultura Hispánica (ahora, de mera Cooperación Económica) y los colegios mayores universitarios que prohió contribuyeron a impulsar esa fraternidad y a formar docenas de líderes políticos de aquellos países que vinieron a estudiar a España como becarios.

Hablando de personalidades culturales de la época del franquismo, no se les exigía que ellas mismas fueran franquistas, como no se les exige a los médicos que en Cuba han impulsado la medicina que sean comunistas (¿es esto realmente verdad?), ni se les exigió a escritores como Pasternak, el autor de *Doctor Zivago*, o compositores

como Shostakovich que fueron en la Rusia soviética premio Nobel aquél y uno de los máximos creadores del siglo XX éste. El régimen comunista de ambos países no impidió o impide que se cree ciencia o literatura, pero a diferencia del español con sus escritores y científicos, sí persiguió o persigue a algunos sañudamente. De hecho, los rusos no le permitieron a Pasternak ir a Suecia a recoger su Nobel. Dos españoles merecieron el Nobel por creaciones literarias realizadas durante el franquismo: Aleixandre por su poesía y Cela por sus novelas, para omitir a Juan Ramón Jiménez que lo había conseguido, ya exiliado en Puerto Rico, por obra creada mayormente mucho antes o ya fuera de España.

Por supuesto, a Ortega y tantos más, incluso a Julián Marías, intelectual católico invitado por Pablo VI al Concilio como observador pero demasiado liberal para el régimen (y buen amigo mío, a quien invité a Nueva York en 1992 a un congreso sobre la expulsión de los judíos), no se les permitió enseñar pero sí publicar, y ninguna dificultad tuvieron en su enorme tarea investigadora y magisterial gigantes como Menéndez Pidal, Marañón, Lapesa y muchos más. Franco le quitó la cátedra a Tierno Galván (mi comensal durante dos años en una residencia universitaria de Salamanca), pero sólo por motivos políticos, no culturales. Es natural: el franquismo fue una dura dictadura política y cultural, pero no en todo. Es decir, como todas las demás.



El arzobispo de Madrid es increpado por ultraderechistas a la llegada al funeral por el almirante Carrero Blanco en el primer aniversario de su muerte, 20 de diciembre de 1974.

Valga esto para mencionar en el mismo sentido algunas publicaciones que nos tocan de cerca. No al principio, pero sí desde aproximadamente 1960 el franquismo se dio cuenta de que si quería ser aceptado en los foros internacionales tenía que ir aflojando su cerrojo cultural. No entran en este capítulo de apertura, pero deben mencionarse como permanentes monumentos editoriales, colecciones como las de la BAC (Biblioteca de Autores Cristianos, con centenares de títulos, entre ellos uno mío, *La Iglesia, misterio y misión*, 1963) y de obras completas (las de Menéndez Pelayo, precisamente entre 1939 y 1974, comprenden 74 volúmenes) u obras como la gigantesca y ejemplar *Historia de España dirigida por Menéndez Pidal*, que casi alcanza ese número; por su apoliticismo no molestaron al régimen, y perdurarán durante siglos. Lo mismo ocurrió con centenares de revistas y libros de estricto contenido científico. La mencionada relativa y progresiva apertura cultural del franquismo se demuestra con sólo recordar que se permitieran dos revistas tan fecundas y liberales como *Revista de Occidente*, que había sido fundada por Ortega mucho antes de la República, y *Cuadernos para el diálogo*, en la que escribieron y en cuya lectura se formaron centenares de personas que contribuyeron a la transición activamente e incluso ocuparon altos puestos políticos, como el antes comunista Jorge Semprún, ministro de Cultura con Felipe González. Durante el franquismo se fundaron importantes editoriales, algunas de las cuales siguen funcionando hoy día: Guadarrama, Alfaguara, Seix Barral, Alianza Editorial, Ciencia Nueva, Lumen, Nova Terra, Anaya, etc. En los últimos quince años del franquismo pudieron publicar con mayor o menor libertad hombres de signo izquierdista como Manuel Tuñón de Lara, Manuel Vázquez Montalbán o los Goytisolo, por dar sólo algún ejemplo.

Indiqué antes que una publicación de ese tiempo nos toca muy de cerca. Me refiero al benemérito *Andalán*, revista zaragozana de análisis político y cultural que fundó y en varias épocas dirigió Eloy, nombre que basta, por ser tan poco común, para identificar al andorrano Eloy Fernández Clemente. Hubo suspensiones, multas, encarcelamientos, precio que él y su obra tuvieron que pagar por su inteligente valentía y su osadía imperdonable. Estábamos en una dictadura, y quien se movía no sólo no salía en la foto (Alfonso Guerra *dixit* calificando su estrecho concepto de democracia), sino que corría riesgos de todo tipo.

CONCLUSIÓN

Si alguna conclusión válida se puede sacar de este rápido bosquejo, es la de la invalidez de las críticas que creen alcanzar la verdad asociándose en exclusiva a uno de los dos extremos que torpemente se suelen caracterizar como opiniones de izquierda y de derecha. Franco no permitió los partidos políticos, (sólo si acaso y ya al final, lo que hipócritamente se llamó “contraste de pareceres”), porque creía que, como dice la palabra, los partidos parten, dividen, separan. Juzgar el franquismo, como todo lo demás, desde una de esas dos ópticas mutuamente excluyentes inválida y castra para alcanzar la verdad histórica, al igual que invalida para revalidar la recuperación de la llamada memoria histórica, que a lo largo de los setenta años transcurridos desde el fin de la guerra civil nunca se había perdido. La inválida porque, por definición, invita a dividir el cerebro en dos, a recordar y a contar a derecha o a izquierda sólo la mitad de lo que pasó. Es decir, a la esquizofrenia.

Se ha visto antes que parte de la derecha, la Iglesia, que tanto apoyó al franquismo hasta que se dio cuenta de que estaba atra-

pada por él, ya pidió perdón además de perdonar a cuantos le habían ofendido. De sus otros dos apoyos máximos, el Ejército y el aparato del régimen, aquél ha asimilado el deber de sus limitaciones democráticas que en el primer año de la República le impuso Azaña con su reforma, uno de los motivos de la rebelión, y las Cortes franquistas se autosuprimieron, muerto el dictador, en un modélico acto que implicaba su retractación. Curiosamente, lo que se viene llamando la derecha ha sido mucho más generosa y mucho menos mezquina que la izquierda. La media España que durante la guerra civil sufrió por parte de la izquierda socialista o anarquista, es decir, por culpa del Gobierno democrático de la República, aún está esperando que alguien que la represente le pida el perdón que también ella se merece, pues la memoria histórica requiere las dos mitades del cerebro. En concreto, ¿ha habido alguna voz de la izquierda que le haya pedido perdón a la Iglesia por sus obispos y sacerdotes inocentes fusilados? ¿La ha habido o la hay, de la misma izquierda, que lo exija por los millares de inocentes fusilados en la llamada “España roja”? Personalmente, yo aún lo estoy esperando –y sin pizca alguna de rencor– por los tres muertos que dejaron en mi familia.

Quienes desde hace años nos movemos y esforzamos por bregar en el medio, en el centro, y por decirles las verdades a unos y otros, que continúan inmovilizados a ambos lados del sendero, corremos, como la República, el riesgo de ser aplastados por

ambos, incomprendidos por ambos. Nada hay del todo verdad ni del todo mentira. Ni una España ni otra tenía la exclusividad de la verdad, y ni una ni otra la tiene en la interpretación de lo que fue la guerra civil y lo que representó el franquismo.

Richard N. Haas, alto funcionario del Departamento de Estado de USA en tiempos de Regan y los dos Bush, ha publicado recientemente un libro titulado *War of Necessity, War of Choice: A Memoir of Two Iraqi Wars* [Guerra de necesidad, guerra de opción: Memoria de dos guerras en Irak] sobre las dos contra Sadam Hussein, la del Golfo en 1991 y la de 2003 que aún dura. En él dice al principio: “Todas las guerras se luchan tres veces. Hay primero una guerra política sobre si ir a la guerra o no. Luego, la guerra física misma. Y finalmente, la guerra entre las diferentes interpretaciones de lo que se hizo, lo que se consiguió o se perdió, y sobre las lecciones de todo ello”. Una reflexión perfectamente aplicable a la actual situación española.

Luces y sombras, siempre, en todo lo que es humano. Está bien recordar y aprender historia, ¡qué otra cosa puede desear un historiador!, pero sin olvidar que, como Juno, es diosa que siempre tiene dos caras, por lo que hay que ver las dos, hay que mirar las dos y conjuntarlas, como hay que hacer con las pinturas de Picasso, para conocer el rostro entero. En la balanza el equilibrio está en el centro. Un equilibrio inestable, frágil, asustadizo, huidizo, como la verdad, como la vida misma.